

A monochromatic, reddish-brown portrait of a man with dark, wavy hair and thick-rimmed glasses. He is looking slightly to his right. His right hand is raised, holding a lit cigarette between his fingers. He is wearing a light-colored, button-down shirt. The background is blurred, showing what appears to be a wooden structure, possibly a boat's railing.

MIYÓ VESTRINI

Pocas virtudes
Valiente ciudadano

Colección Torremozas

POCAS VIRTUDES - VALIENTE CIUDADANO

Primera edición: junio 2018

Derechos reservados:

Ediciones Torremozas

© Herederos de Miyó Vestrini

© de la introducción: Deisa Tremarias

© de esta edición: Ediciones Torremozas

I.S.B.N.: 978-84-7839-758-7

Depósito Legal: M-18821-2018

Impreso en Madrid

Cubierta: Jesús Herrero

Agradecemos a Elisa Maggi, Ernesto Llorens Fauvelle, Deisa Tremarias, Oriette D'Angelo y Jimena Jiménez Real su colaboración inestimable para que la edición de este libro haya sido posible.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright».

EDICIONES TORREMOZAS.

Apartado 19.032 - 28080 Madrid

Teléfono: 91 359 03 15

ediciones@torremozas.com

www.torremozas.com

MIYÓ VESTRINI

POCAS VIRTUDES



VALIENTE CIUDADANO

317

COLECCIÓN TORREMOZAS



Marie-Jose Fauvelle Ripert, o como la solían llamar: Miyó Vestrini, nace en Nîmes (Francia) el 27 de abril de 1938. Con nueve años de edad emigra junto a su hermana, su madre y el segundo marido de esta, el pintor italiano Renzo Vestrini, a Venezuela, donde desarrollará su vida y obra. Desde pequeña, Marie revela un carácter poco complaciente con su madre y la formación católica familiar. Transcurre su infancia en Valera, dentro de los andes venezolanos, entre el francés y el español, dos lenguas agolpadas en su espíritu inconforme.

Con el paso del tiempo la joven Miyó participa en diversos grupos literarios en la movida cultural venezolana como una «rareza», pues es una de las pocas mujeres aventuradas a tales empresas para su época, en un ambiente predominantemente masculino y cerrado. Su presencia decidida e irreverente le hace merecedora de participar en colectivos poéticos como *Apocalipsis* (1955) dirigido por Hesnor Rivera y del cual ella es también fundadora, al que seguirá el grupo literario *40 grados a la sombra* (1964), ambos conformados en la ciudad de Maracaibo. Poco después se traslada a la capital venezolana, Caracas, donde hará vida en grupos artístico-literarios vanguardistas de

Venezuela como el colectivo de *El techo de la ballena* (1961-1969), *Sardio* (1954-1961) y la *República del Este* (1970).

Su producción poética y quehacer periodístico se juntan en ella con la misma intensidad. Dirige las páginas de arte de *El Nacional* —destacándose allí con las entregas semanales de su columna *Al filo de la medianoche*—, *Diario Occidente*, *La República*, *El Diario de Caracas* y la revista *CriticArte*. Sumado a esto, publica varios libros de entrevistas biográficas como *Más que la hija de un presidente: Sonia Pérez* (1979), *Isaac Chocrón frente al espejo* (1980) y *Salvador Garmendia, pasillo de por medio* (Póstumo, 1994). Con este último en particular, Miyó da parte de su estrecha amistad con el escritor venezolano Salvador Garmendia, a tal punto de convertir este libro en una suerte de intercambio biográfico entre estos dos autores. También con la esposa de Garmendia, Elisa Maggi, a quien Miyó apoda cariñosamente como «La negra», surge una estrecha amistad que se mantendrá a través de los años.

Lejos de ser una damisela en peligro, Vestrini irrumpe en los ámbitos culturales nacionales para dar parte de lo femenino desde lo visceral y desgarrador, por lo que entabla relación con muchas figuras relevantes de su tiempo. Escritores como Adriano González León, Caupolicán Ovalles, Víctor Valera Mora, Carlos Contramaestre, Francisco Pérez Perdomo, entre otros, conforman quienes serían, junto a ella, los hacedores de la historia literaria de un país en la modernidad.

No hay medias tintas en la vida de esta escritora, sus relaciones sentimentales son igual de intempestivas y apasionadas como su verbo. De todo ello solo quedan sus dos hijos, François Popineau y Ernesto Llorens.

La escritura es absoluta en su palabra. Por ello incursiona en el guión televisivo para diversos canales en Venezuela. Destaca por el apunte certero, por sus afilados ojos tras los gruesos cristales de sus gafas. Miyó no vive para la quietud hasta la muerte y se alza dos veces con el Premio Nacional de Periodismo en Venezuela en 1967 y 1969, respectivamente.

También aborda géneros como la narrativa con el libro *Órdenes al corazón* (Póstumo, 2001), una selección de cuentos en los que se esboza una figura femenina que predomina a lo largo de toda su obra: una mujer al margen, imagen de la decadencia de los parámetros sociales y culturales de su tiempo; en su discurso el hastío a la pertenencia, crítica política, el abandono a la rutina y el dolor, son recurrentes.

Pero es definitivamente su trabajo poético lo que destaca y astilla a cualquier lector incauto. Su primer poemario, *Las historias de Giovanna* (1971) anuncia las múltiples máscaras de Miyó en sus personajes y voces: a Giovanna la dirige toda una juventud melancólica, los detalles que van tejiendo los recuerdos. Giovanna es un espejo reflejando la herida de lo femenino en la sociedad moderna:

Giovanna, no recuerdo como se llega a tu casa, es increíble lo corto que ha sido el día, todo se parece un poco a tu olor ayer. Si al menos Giovanna, supieras mi nombre o entraras a comprar cigarrillos en este bar, podría volver a hablarte del sur. Giovanna, por muchas vueltas que dé en esta ciudad desconocida, no te voy a encontrar. Me sentaré en el paseo iluminado, es forzoso que pases, entre hoy y mañana.

(Vestrini, 1971, p. 38).

Así se va generando la atmósfera de lo íntimo y derrotado en las obras de Vestrini, no hay una palabra que sobre ni que falte en su recorrido. El escritor y amigo de la poeta, Adriano González León, la recuerda con ese fuego inicial: «Ella escribía con rabia, porque no aceptaba la belleza inútil». Es en esa terca empresa donde reluce la fuerza de su voz. Asumir la vida desde lo roto, entre la férrea convicción de lo final y cierta náusea del transitar.

La voz poética de Vestrini va tomando cada vez más cuerpo a medida que avanza el tiempo, en su segundo poemario, *El invierno próximo* (1975), el contexto histórico y político de Venezuela en los años setenta se vuelve un tópico de su obra. Su denuncia va más allá de un gobierno de turno, se dirige al pensamiento político de una nación. El cuestionamiento de lo literario hacia la resolución de conflictos nacionales dan como fruto uno de sus textos más emblemáticos:

*El país, decíamos,
lo poníamos en las mesas,
lo cargábamos a todas partes,
el país necesita,
el país espera,
el país tortura,
el país será,
al país lo ejecutan,
y estábamos allí por las tardes
a la espera de algún doliente
para decirle
no seas idiota
piensa en el país.*

(Vestrini, 1975, p. 61)

En su tercer poemario, *Pocas virtudes* (1986), la autora confirma la grieta que le habita, pero no la teme: la afronta, la escribe. La soledad convive a diario con ella y se vuelca en sus poemas con una maestría digna de valentía:

*Ciertas jornadas se hacen largas.
Nadie pregunta cómo las paso.
El rostro de los agresores
se mezcla
con el de los agredidos.
No se sabe
cuántos sobreviven.*

(Vestrini, p. 95)

La intensidad de su dolor es motivo de lucidez y entrega, entrega al punto final. Se anticipa a la caída y la describe, hay días donde todos parecemos haber llegado tarde, así lo contempla al decir:

*Llego tarde
porque me siento sola
y no siempre es necesaria la advertencia
esa que se acostumbra
cuando las cosas cambian.*

(Vestrini, p. 100)

Miyó Vestrini toma la decisión de morir en Caracas el 29 de noviembre de 1991. Su poema «Zanahoria rallada», publicado en el libro *Valiente ciudadano* (póstumo, 1994), será un emblema que marcará toda una generación:

*El primer suicidio es único.
Siempre te preguntas si fue un accidente
o un firme propósito de morir.*

(Vestrini, p. 136)

Su muerte refleja su rebeldía y desparpajo hasta los últimos escritos, y en el poema «Té de manzanilla» cita al poeta venezolano Víctor Valera Mora al tomar para sí misma la frase «la vida es una inmensa alegría o una inmensa arrechera», y ciertamente le parece nombrar su destino.

*Dame, señor,
una muerte que enfurezca.
Una muerte tan ofensiva
como a los que ofendí.
Una muerte que soporte la lluvia
de Santiago de Compostela,
y de paso,
mate a los que me ofendieron.*

(Vestrini, 117)

Después de su fallecimiento son publicados los libros *Todos los poemas* (Póstumo. Primera edición, 1994. Segunda edición, 2013), *Es una buena máquina* (Póstumo, 2014) y *Al filo* (2015).

Su obra ha sido estudiada por diferentes personas del ámbito literario como Claudia Schvartz, Gina Saraceni, Cósimo Mandrilo, Blanca Elena Pantin, Laura Antillano, Alberto Hernández, Juan Calzadilla, Julio Miranda y Diana Moncada.

Para nosotros queda la advertencia de una voz que no ha podido detener ni la propia muerte, así Miyó.

Deisa Tremarias
Licenciada en Letras
por la Universidad Central de Venezuela
Madrid 2018

Pocas virtudes

Para Salvador y La Negra

EN EL PATIO DE ANAÏS NIN

En el patio de Anaïs Nin
dilapido mi muerte

perdida pero obstinada, lleno el vaso de agua para el
sudor de la madrugada y estiro la colcha viendo la
arañita quieta en el techo, siempre con el frío de
la noche anterior, siempre el mismo,

y de ese patio, recuerdo sobre todo el olor,
aquel encuentro que nadie tomó en cuenta,
porque el día era muy gris
y temíamos
la gente amaneciera triste.

Había lo imprevisible en ese patio.
La estatua del niño de mirada inmovible,
toquecitos de cielo, lluvia y palomas.
Un viajero que mentía para no llegar a su destino.
Un extraño transeúnte de abril.
Un asesino desencantado por la brisa

que decía no tengas miedo, son ruidos
de madera de algún vecino melancólico,
de algún aparecido. Y seguía rondando,
miraba y medía la niebla, casi pasaba
a otro tiempo, tiempo para que no
empezara nada de nuevo.

En el patio de Anaïs Nin,
despiertan a veces los días malos

despiertan el agua y las campanas y las
palabras rigurosas y el furor ciego de los
solitarios y el golpe sobre los ojos y los
que te ven, como si nada pasara. Todo un
enojo de graznidos, bullas, desazones,
confusiones, monotonías, hasta la quietud
de la muerte, cuando será inútil ya agitarse.

En el patio de Anaïs Nin,
los tragos son dulces y demoníacos

dan vueltas y más vueltas,

aplauden a mi amado

el más amado de los lunáticos.

En el patio de Anaïs Nin,
no se aceptan extraños

y menos aquellos que vengan de coléricas comarcas.

En el alto techo, habrá tiempo para tu cuerpo y el mío

nada diré de tu bienaventuranza, de tus
mañanas de jazmín, de tus insoportables
desastres. Correrás bajo el paso rápido
de las nubes y darás el santo y seña junto
a la fuente.

En el patio de Anaïs Nin,
cuando duermes y me amas,
es ahora el día de todas las furias juntas.

DE LETANÍAS Y POCAS VIRTUDES

Son tantos
quienes han de saltar a la batalla
y herirme

a muerte

muerte de grandes ciudades
y pocas virtudes
con sus siete cuadrantes a la deriva
su paz funesta del reciente octubre
su carne elástica dulce

y colérica

colérica la arena volando en Ostia
empañando globos de cristal en las vidrieras
un ojo ya sin vida
el otro abierto

en la avenida

avenida por donde viene

el agua

agua de todos los días
acercada a

mi boca

boca triste de grandes palabras
lenguas duras como madera recién cortada
se ocupan

de mi

mi delito

delito de largas y profundas noches
cuando la lluvia tarda en caer
y todo me hace pensar
en mi padre
en mi madre
en la tierra

mal cerrada

cerrada por cuatro malhechores

no identificados

identificados tu nombre el mío
los otros

la gente

gente amada
ausente
presente

ida

ida

como mi tía

la de la roja cabellera en Burdeos

en la casa

casa de pisar duro
donde se trata de no llorar a despropósito
mientras un poco más arriba
campiñas y pequeños monstruos
festejan a diario
un saludo
un escrito

un vilipendio

vilipendio:

quien lo haya escrito por primera vez
lance la primera

piedra

piedra de mi única morada
cuando brazos tenaces me enseñaron el desafecto
la casa de empeño
la incertidumbre

el regreso

regreso del último acto

acto de ser tan triste y tan muerta
como soledades de otros

países

países a los que no me dejaron

ir

ir con el asombro
para una o dos

palabras

palabras
espera
te las voy enseñar
boleros o saudades o melancolías descaradas

o audacia

audacia es
de bares
de lugares amados
de encontrar al hombre de tu vida
de maltratar a la que fue
tu madre

madre
una vez muerta
no hubo soledad
ni rigurosos ejercicios para

olvidar

olvidar a los miserables
ajenos

al amor

amor

SÓLO TÚ DIRÁS, AMIGO MÍO

He dicho de la infelicidad

mañanas apresuradas
sol amargo
meridianos

He dicho de las indecisiones

borracheras de percal
lívidas bocas
palmas arriba

He dicho de los insultos

manos sobre la mesa
salida de adolescente
barriga de miel

He dicho de los insolentes

risotadas
desperdicios
rencores

Pero de las colinas

dirán los otros
los olvidados del azar

De los esplendores

de los fervientes y puros deseos

del estallido secreto en nuestras bocas

de la curvatura dulce en el cuerpo que despierta
sólo tú dirás
amigo mío.

¿QUÉ DECIRTE HOY?

Qué decirte hoy

si la madrugada fue tan difícil
madrugada de estigmas y estertores
sin espacio

para ti
para mí.

Al fin nos han encontrado amado

y somos exactamente como nos inventaron:

dolidos
fastuosos
desanimados
cómicos
furtivos
borrosos
desmadrados

LOS PAREDONES DE PRIMAVERA

No enseñaré a mi hijo a trabajar la tierra,
ni a oler la espiga
ni a cantar himnos.

Sabrás que no hay arroyos cristalinos
ni agua clara que beber.
Su mundo será de aguaceros infernales
y planicies oscuras.

De gritos y gemidos,
de sequedad en los ojos y la garganta,
de martirizados cuerpos que ya no podrán verlo ni oírlo.
Sabrás que no es bueno oír las voces de quienes exaltan
[el color del cielo.

Lo llevaré a Hiroshima. A Seveso. A Dachau.
Su piel caerá pedazo a pedazo frente al horror
y escuchará con pena el pájaro que canta,

la risa de los soldados
los escuadrones de la muerte
los paredones en primavera.

Tendrá la memoria que no tuvimos
y creerá en la violencia
de los que no creen en nada.

LOS PODEROSOS

Nada sentimentales
los poderosos

Nada amables
los poderosos

Nada sinceros
los poderosos

Nada sensibles
los poderosos

Eso sí
rancios
ejecutantes
vivisectores
graciosos
ostrones

los poderosos.

EXTRAÑO ADIVINADOR DE PALABRAS

a Alfonso

Mi bebé
niño grande
extraño adivinador de palabras
vas a crecer
con ojos de pomarroza abiertos a la lluvia
a la escarcha
y serás como de pájaros y faroles.
Nunca faltará algún idiota
que te hable mal de los profetas.

Cuando eso ocurra,
márchate al pueblo donde nació tu padre
y búscate una casa
donde canten las chicharras.

EN MARZO NO SE NACE DOS VECES

En marzo
no se nace dos veces.

Me lo aseguran
embistiéndome
a pesar mío
gimiéndome
a pesar mío
lamiéndome
a pesar mío
estropeándome
a pesar mío
matándome
sin remordimiento alguno.

NADIE PARECE ESTAR YA TRISTE

Nadie parece estar ya triste.
El rumor lento y grave del agua,
trata de abrirse paso
y llegar hasta aquí.
Impunemente,
se enumeran bienes y quejas y languideces.
Algo habrá de ocurrir
si persiste este canto asonantado.

HORA DE PUTOS Y PERROS NECIOS

A esta hora
no se sabe qué hacer

y es siempre a esta hora de putos y perros necios,
cuando recuerdo. Todos los días, perdido este tiempo,
tú sabes, el rostro entre las manos, las piernas reco-
gidas, la viva imagen del dolor en la pesadez de la
tarde. Inmóvil en los escombros, inmune a los desas-
tres, no puede ser ya de otra manera.

Y es la misma hora
la de hoy
la que vendrá todos los días
la que me jode.

CUANDO LEVANTO LA CABEZA DE MADRUGADA

Cuando levanto la cabeza
de madrugada
es un corazón palpable
estruendoso
asfixiante
ocupando él solo toda la habitación,
trepando hacia la ventana
como para escapar y cambiar de sitio,
instalándose en el jardín del vecino.

Rumor de largas horas
cortadas a golpes
cuando creo en la resurrección de los muertos
en los verdugos desahuciados
en hilos, papeles y latas,
en niños que juegan sin gritos
en zuecos de madera que suenan y suenan
en las malas imágenes como para irse a otro sitio
en una flaca espantando ratas
en los tulipanes que nunca terminan de florecer.

Te oigo debajo de mí
respiras y sueñas
y regresa el corazón palpable
decidido a latir
latir
latir
y matar.

DESACATO A LA MUERTE

Desacato a la muerte
eso intento.

El testigo ha dado la espalda,
la casa ha sido derrumbada.

Cuánto silencio para un dolor tan pequeño

¿joder has dicho? siempre tus
palabrotas tus disparates. Estás
jugando a la intemperancia y si
de cansancio se trata nadie podrá
ya aliviarte de la sombra y la
pausa. ¿Joder has dicho?

La jauría no viene:
siempre ha estado allí.

El susurro de la advertencia
atenaza mi garganta.

Cuando despierto
al otro día
carcomida por la noche
oigo sirenas petardos olores
y nada que apacigüe mi temblor

hola cómo te va qué has hecho qué hay de
nuevo qué vas a hacer bien nada no sé cuando nos vere-
mos llámame pasa por aquí no dejes de hacerlo si vieras

lo triste que está pero no importa mañana será distinto
bueno lo de anoche no hables de eso recuerda lo que
dice salvador no me atormentes tómame un trago ya se te
pasará y qué le voy a decir otra vez a pedir perdón es
que siempre va a ser así tienes que entenderlo no le pares
nos vemos a la una chao te espero.

Me oigo crujir
 debatir
 sonreír
 partir
 gemir

y nunca dejo rastros
 que no sean estos pasos de la infamia.

CIERTAS JORNADAS SE HACEN LARGAS

Ciertas jornadas se hacen largas.

Nadie pregunta cómo las paso.

El rostro de los agresores

se mezcla

con el de los agredidos

No se sabe

cuántos sobreviven

a la masacre.

MUY POCO Y MUY GRIS EL TIEMPO QUE TE QUEDA

Soy frágil
para los amados.

Algún asesino más poderoso
más fuerte
me interceptó cuando cruzaba
el callejón de los cuchillos
y me atajó.

Silencio mujer
dijo
de nada valdrá tu queja
en este momento
ni en los otros.

Muy poco
y muy gris
el tiempo que te queda
en esta madrugada de perros realengos
y borrachos asustados.

Déjame un instante
dije,
medir la luz que todos los días
me recibe y me abandona.

Déjame llorar un rato a solas.
Pero sólo había frío
en el callejón de los cuchillos.

NO HAY RAZÓN PARA ENVEJECER JUNTOS

Sortilegio

a William Irish

No hay razón para envejecer juntos.
Ya no hay sitios para el desasosiego
para el temor.

Mientras pasan por ti,
todos los caminos del verano
desasidas tus manos y las mías
hay en el pórtico de la casa
pájaros atentos al momento de tu estupor
a lo perturbado de tu alegría.

Es la carretera empinada
la que nos lleva a Caulfield.
¿Me crees, amada?

No te detengas:
las canciones son malditas
algún sortilegio quebrará tu traje blanco.

Ya no estaremos juntos
y quiero morir antes de tiempo
tiempo de Caulfield.

Seré lo que tú quieras
penitente y amado
pero cerraré los ojos
para no envejecer juntos.

ASÍ DE SIMPLE

Caminar por la 42 de Nueva York
o soplar me los dedos sobre la candela de las castañas
en la esquina de la Via della Croce
o resplandecer en el fragor de los aeropuertos,
¿cuál sería la diferencia?

Vivo bajo el más común de todos los cielos
cielo lambucio
plantado sobre mi cabeza
sin otro movimiento que el de la noche y el día.
Cada día,
me digo:
hay que conformarse con los sitios
regresar a ellos
porque allí, alguna vez,
se habrá de morir.

Pero persisten las estaciones y las hierbas,
los ríos vulnerables,
las tempestades al paso de los trenes,
la penumbra de las horas imprecisas,
la bola de fuego que cruza el filo de la ventana,
el ángel exterminador bailando sobre el techo.

Salga de mi vida,
dicen,
como si la vida fuera tan simple.

Así de simple.

El espejo se vuelve suave bajo mis dedos
comienza a llenar la casa.

Crece de pared a pared
en el vértigo de mi cuerpo
vértigo de campiñas y luces imprecisas.

Vuelve el asombro.
Ahora lo sé:
solo las mujeres de ojos hermosos
no envejecen.

Solo los hombres de sueños inquietos
cantan cuando se levantan.

Si hubiera sabido todo esto
no me agarran viva.

LLEGO TARDE PORQUE QUE ME SIENTO SOLA

Deshabitada

Llego tarde

 porque me siento sola
y no siempre es necesaria la advertencia
esa que se acostumbra
cuando las cosas cambian.

Mi abuelo decidió suicidarse:
 era alto, triste y bebía a escondidas.

Mi abuela decía que beber era cosa del demonio
y lo perseguía por toda la casa
 con una escoba

hasta que aburrido
 se lanzó al Rin.

Me dejó una carta
para decirme que volvería a la vida
cuando en lo más verde de la colina
 mi voz llegara a ser más fuerte que el rumor del mar.

LA ESPESURA RUTILANTE DE ESTE GOZO

Unas veces,
es la mujer flácida y dormida
la que espera.

Ajena a los tumultos,
duerme de costado contra la pared.
Sueña que no habrá otra noche igual:
nadie llegará de madrugada soplando alcohol
 leche
 sudar.

Sueña sólo lo soportable.
Otras veces
es el hombre quien espera.
Espera mujeres quebradas a palos
fortunas azarosas mientras lo abrazan fuerte.

Siempre alguien espera.
Pero dócil y singular,
unido a lo que comienza y muere al mismo tiempo,
conoce de antemano la espesura rutilante de este gozo.

MIEDO DE MORIRTE

Miedo de morirte
y mira hacia allá
como pasa la caída de la luna
como son frescos tus labios sobre la mano echada en un
[domingo loco.

Miedo de morirte
y escucha
escucha como se escurre el agua a lo largo
[de la casa.

Miedo de morirte
cuando tu rostro resplandece bajo la promesa
[de Abraham.

Adivino tu caída lenta
y majestuosa
hacia la fría losa del piso.

Pero no temas:
he aprendido a sentirte,
a olerte
porque de los temores de los vivos
yo me ocupo.

CUALQUIER MES DEL AÑO

Viajas el viernes,
como si eso fuera cualquier día de la semana
cualquier mes del año
al que nadie le prestara atención.

Hay algo de muerte en ese viaje que te lleva
hechicero perseguido
y te regresa
regalando quincallas y piedras
a quienes se detienen para amarte.

Murió Rudy,
Rudy el rojo,
y lo escuchas al amanecer
no soportando su cabeza roja
su recuerdo de animal herido y nunca muerto.

Pero igual viajas el viernes,
porque los viajes ya no son extraños cuando se piensa
[en los muertos
con la incontenible furia de una vez
anónima
y atroz.

LA BONDAD DEL DÍA

Se hace de noche
y penetras
profundo
dulce
pensando en la bondad del día.
Siento
y no quiero olvidarlo
la noche espléndida tras la persiana
la memoria de lo apenas ocurrido
cuando
se hace de noche
y penetras
manso
claro.

HE PREPARADO TU MUERTE A PLENA LUZ DEL SOL

He preparado tu muerte
a plena luz del sol.
Oirás los demonios
en la penumbra del pecho materno:
yertos
quemantes
esperan por ti.
Hasta la más simple palabra
ruego mato grito muero
será descomunal.
Sumadas las explicaciones de rigor
¿quién atenderá las advertencias,
la voz de alto, la verdadera ira
de los suicidas?

LAGARTOS

Hay hombres
que abren las sábanas
y entran.

Sin dulce tumulto
sin calor ni melancolía
sin conjuro.

Son lagartos.
Desterrados.
Miserables.

POCA COSA EN VERDAD

No es muy largo lo que debo decirte:
tiemblo cuando hablo de ello.
Poca cosa,

en verdad.

NO VUELVA MÁS POR AQUÍ

Al infierno todo esto
y duró años sin irse al infierno.
Por eso he venido a verla.

Si usted estuviera tan deprimida,
¿pensaría en todo esto? ¿Habría
venido a verme?

Sólo le falta decir:
dígalo, no lo escriba.

Vamos a ver. Explíqueme lo que
siente. Sé que está sola y no
sabe qué hacer. Haga un esfuerzo.

La habitación me gusta.
El sol alterna con la
penumbra. Trato de no
carraspear. Mantenerme
inmóvil. Pienso en un
carnero con grandes
cuernos, caminando
sobre la alfombra persa.

Usted está cargada de cosas, ¿entiende? Cosas rudas. Unas detrás de otras. Su madre, por ejemplo. Y su padre. ¿Qué ha pasado?

Me gustaría visitar la casa.
Es una casa de madama fina y
escrupulosa. Siento que me
achanto sobre la silla. Es el
momento de llevarle flores a
alguien. De emborracharse. De
llevarse por delante media vida.
Estoy asustada.

Tiene que volver atrás. Vivir lo que
no vivió realmente. Es un viaje
largo. Muy largo. Aproveche ahora
cuando está al borde del barranco.
Escriba, pero unas líneas solamente.
Piense.

Sí. Eso es. Haré el amor, pero
unos minutos solamente. Lloraré,
un poquito nada más. Gritaré, pero
lo justo. Ningún sonido discordante.
Está contra reloj, la pobre. Trataré
de no olvidar su rostro
para reconocerla cuando
aparezca en sociales.

Cuénteme algo importante. Una situación importante, como la que vive ahora. Desea estar sola, encerrarse, ¿verdad? ¿O quizá desea morirse? ¿Ha tenido ideas raras?

¿Quién me pondrá las manos
encima cuando esté muerta?
Los muertos de Elías huelen
a perros. No lo quiero. Se
muere la gente y uno se bebe
un trago. Todos estos muertos
y uno aquí, con ideas raras.

Vamos a ver. Usted es una niña.
Tiene diez años. No le teme a nada,
ni siquiera a los murciélagos. Su
madre la toma del brazo. La lleva a
pasear por el pueblo. Le habla de
demonios y aparecidos. Usted se
resiste a ese brazo que la envuelve
toda. ¿Fue entonces cuando sintió
miedo?

Pueblos y demonios. ¿Qué sabe
ella de todo eso? Viene a preguntarle
por el infierno de los desaparecidos.
Y me devuelve a la ciudad, a la luz
que me llevará a la penumbra.
Antes de cerrar la puerta, me dice:

¡no vuelva más por aquí!

ALGUIEN VENDRÁ

No quiero confundir su terror con el mío.
Siete por siete
y siete más: años de temblor y pasos furtivos.

Alguien vendrá
para detener los lamentos del escogido.
Pero el tiempo dedicado a la espera
se me va entre los dedos.
Ya no es necesario inventar nada
salvo esta terca soledad.

SOBRE TUS OJOS ABIERTOS

A Pierre Goldman

Sobre tus ojos abiertos
no entra aún la sombra

ni el grito
ni el rumor del trueno

No hubo tiempo ni memoria
sólo un aleteo
un murmullo

un lejano rumor de viento sobre el mar

No se ocupen de mí, decías, hay un conjuro
cantado por la nana: nunca ocurrirá lo que no
ha de ocurrir. Cartas, papeles, presagios.
Hablaban de regiones secretas propicias al
dolor, certeras para la muerte fuera del
sueño. Silencio, sólo silencio, exigías
cuando comenzaba la noche y bajabas la cabeza
al escuchar los pasos de la amada.

Me echo a llorar en la plaza abierta
donde caminas sin prisa

ritmo dulce y lento de la tumbadora
trago de ron que da calor por última vez
descarga
descarga
descarga

Miras el cielo duro como piedra
casi caído sobre tu pecho

Lenta y desgarrada
sonora como la primera lluvia de septiembre
se escurre tu sangre en la palma de mi mano
la veo pasar
pasar
correr un poco más
levantar el vuelo

Hasta perderse en el primer resplandor de la mañana

Valiente ciudadano

VALIENTE CIUDADANO

a María Inmaculada Barrios

*Morid con el pensamiento
cada mañana y ya no
temeréis morir.*

(Tratado Hagakuse)

Dame, señor,
una muerte que enfurezca.
Una muerte tan ofensiva
como a los que ofendí.
Una muerte que soporte la lluvia
de Santiago de Compostela,
y de paso,
mate a los que me ofendieron.

Dame, señor,
esa muerte de la intemperie
que sorprende y tranquiliza.
Haz que esté largando mocos y lágrimas,
suplicando piedad
y deseando muerte ajena.

Haz, señor,
que aquel hombre con piel inédita
reconozca en mí al animal de los olivares.
Que su cuerpo pese sobre el mío
y haga dulce
la entrada al fuego.

Te prometo haberlo visto todo.
La misma culpa con la que nací,
el mismo furor.

Haz, señor,
que esté escuchando a Vinicio de Moraes
y a María Betania
y prometiendo que mañana,
lunes,
me inscribiré en un curso para aprender brasileño.

Que venga la muerte
cuando descubras en mí
alguna oculta intención de poder
y cuando sepas,
por tus informantes,
de mis maniobras para pasar a la historia.
Cuando te digan, señor,
que he agotado todos los recursos de la fatiga
sin pedir clemencia,
entonces, señor,
dame duro.
Haz que este golpe que tengo en la frente
por abrir puertas a cabezazos
se ponga
rojo,
latiente,
doloroso.

Supongamos, señor,
que eres el big-bang.
Que ningún territorio escape a tu vigilancia.
Que los hots-dogs son tema de tu predilección.
Que tu deseo de mí es parte obscena
de tu personalidad.

Entonces, señor,
examina mi estómago abultado
por los espaguetis de Portofino
por las *favadas* del Guernica
por los pasteles de coliflor de mi madre
por los largos tragos de cerveza y ron.

Espía, señor, los rostros de mi espejo en el espejo,
yo, la pusilánime astuciosa
la del dedo en el aire
abanicando a la aburrida concurrencia.

Podrías venir al cine, señor.
Veríamos Brazil,
La vaquilla,
Un día de campo,
El cartero y Gatsby.
Me escucharías
sacudida por la risa
y el temor.

Permíteme, señor,
contemplarme cómo soy:
el rifle en la mano
la granada en la boca
destripando a la gente que amo.

Acuéstate conmigo en la madrugada, señor,
cuando mi respiración es un golpe de piedras
en la corriente del río.

Y verás como nada,
ni siquiera la leche de tus cantares,
puede darme una muerte que me enfurezca.

ANIMAL DE OCASIÓN

He tenido que compartir mi lugar.
Nadie me ha raptado
para llevarme al suyo.
No tengo África mía a mis espaldas,
ni olas,
ni ollas,
ni una calle en el centro de Dublín.
Sólo he estado allí,
con pocas palabras
y pobres gestos
y pobre cuerpo.
Aprendí al mismo tiempo La Marsellesa
y el Himno al árbol.
Tuve que leer a Rimbaud y a Andrés Bello.
Tomé scotch y beaujolais,
con tequeños y caracoles y borgoña.
Alguien descubrió el mundo por mí
y me dejó tirada a mitad camino
entre el sol
y la niebla.
Mis hijos fueron blancos
y los hombres que amé,
negros.
Ahora descubro que mientras estaba interna
mi madre escribía cuentos eróticos
y mi hermana entraba en trance con un mecánico.
La plaza del pueblo todavía espera por mí
y me contempla
asomada a la ventana
tratando de apurar la noche.

Mis dedos tienen el color del cebo
y soplo para aliviarlos.
Me leen a Víctor Hugo en voz alta
para que aprenda francés
y todavía no sé quién es Ismael Rivera
y Luis Alfonzo Larrain.

Vete a la mierda,
me dijo mi madre
cuando le reclamé todo esto.
Se dio vuelta hacia la pared y murió.
Ocupé su sitio
detrás de la mesa
y dejé que peinaran mi cabello.

TÉ DE MANZANILLA

Mi amigo,
el chino,
escribió una vez sobre cómo se sientan
y caminan
las mujeres después de hacer el amor.
No llegamos a discutir el punto
porque murió como un gafo,
víctima de un ataque cardíaco curado con té de manzanilla.
De haberlo hecho,
le habría dicho que lo único bueno de hacer el amor
son los hombres que eyaculan
sin rencores
sin temores.
Y que después de hacerlo,
nadie tiene ganas
de sentarse
o de caminar.
Le puse su nombre a una vieja palmera africana
sembrada junto a la piscina de mi apartamento.
Cada vez que me tomo un trago,
y lo saludo,
echa una terrible sacudida de hojas,
señal de que está enfurecido.
Me dijo una vez:
la vida de uno es una inmensa alegría
o una inmensa arrechera.
Soy fiel a los sueños de mi infancia.

Creo en lo que hago,
en lo que hacen mis amigos,
y en lo que hace toda la gente que se parece a uno.

A veces nos quedamos solos
hasta muy tarde,
hablando de los gusanos que lo acosan
y del terrible calor que le entra todos los días
en esa arena y resequedad.
No ha cambiado de parecer:
un hambriento,
un desposeído,
puede sentarse y hacer amistad con Mallarmé.
Lautréamont nos acompañó una noche
y le dio la razón al chino:
la poesía debe ser hecha por todos.
Y llegaron los otros:
Rubén Darío mandando en Nicaragua,
Omar Khayyam con sus festejos,
Paul Éluard uniendo parejas de amantes.
Entre todos,
sumergimos al chino en la piscina, bajo la luna llena,
y se puso contento
como cuando tenía un río,
unos pájaros,
un volantín.

Ahora está arrecho otra vez,
porque le llevan flores
mientras trata de espantar a las cucarachas.

Quería que lo enterraran en Helsinki,
bajo nieves eternas.
Le dio la vuelta al mundo,
pasando por Londres donde una mujer lo esperaba,
y a su regreso,
tomó un té de manzanilla.
Él,
que amaba tanto las sombras,
ya no pudo trasnocharse.
Lúcido y muy hipócrita,
tenía un miedo terrible a morir en una cama.
Sé,
porque me lo escribió en un papelito,
que la frase que más le gustaba era de David Cooper:
la cama es el laboratorio del sueño y del amor.

VIDRIOS ROTOS

Aún tengo el rumor en mis oídos
de los pies desnudos
sobre vidrios rotos.
Y de una adolescente que golpea la suela de sus zapatos
contra la espalda del amigo moribundo.
La opinión general
era que debíamos entristecernos.
Pero sólo la gracia de la irreverencia
nos había tocado,
por arte de magia.
Seguíamos con la cabeza en el mismo lugar
en la perspectiva de un viejo grabado de Da Vinci.
Ellos eran buenos,
nosotros,
mejores.
Sobre el muro,
un letrero para la recompensa:
si ves a un negro durmiendo, no lo despiertes;
está soñando que es blanco.
La muchacha aplicada,
escribió debajo:
si ves a un blanco durmiendo, no lo despiertes;
está soñando que un negro lo viola.
Mi hijo,
mi pan,
mi amor.
Palabras simples de los que regresan a casa
y se echan a dormir,
para no tener que hablar.

Fugazmente,
miran por el balcón y se dejan gotear por la lluvia.
Pero la lluvia no pone fin
a ese eterno y aburrido cielo azul,
donde dicen,
alguien tiene el cabello sedoso
y unas alas de plumas de garza.
Quien lo carga encima,
cada mañana,
sabe de las comicidades del buen ladrón
que justifica el patrimonio celeste.
Sabe de cucas deterioradas y huevos sidosos,
castigados,
porque este no es tiempo de fervor.
Sabe de un hueco en las alturas,
de océanos pestilentes,
de tierras quemadas en ciclos de colosos.
Fue la venganza de la venganza
aquel rumor de astillas en la noche.
Yo provoqué los sucesos cuando dije:
si puedes entender el dolor de un obrero,
¿por qué no entiendes el mío?

UN DÍA DE LA SEMANA I

Cuando naciste,
en 1938,
César Vallejo moría.
Cuando tu cabecita,
tu ombligo,
tu cuquita virgen,
asomaban al mundo
entre las hermosas piernas de tu madre,
metían al poeta en un hueco.
Lo cubrían de tierra
y a ti,
te cubría la memoria.
No podías elegir.
Porque si eliges
vives.
Y si vives
gozas.
Pero el goce es el horror del sueño:
dormir va a ser para siempre.
Habrá un olor a pimientos fritos,
voces estruendosas en la barra.
Será un día de la semana,
cuando los muebles cambian de sitio durante la noche
y por las mañanas,
las mujeres hablan solas.
Tu nariz estará sellada y la ceja derecha
más caída que la izquierda.

Las caderas niveladas,
el cabello mal cortado y el cuerpo perdido
en alguna batola que disimule la grasa en tu cintura.
Si tuviste abuelos lunáticos y tristes,
constará en el reporte
de un funcionario responsable.
Te cruzarán los brazos sobre el pecho
y es fatal,
porque ya no podrás
usar el afrín
para respirar mejor.
Falso que tus abrazos fueran convulsivos
y tus furiosos impredecibles.
Falso el vidrio que aún empañas con tus eructos.
Falsos tus pezones, tus pecas rojizas.
La noche anterior estabas decidida:
si no puedo dormir,
escogeré la muerte.
Pero no esperabas que el pernil de cordero se derritiera,
suave,
lechoso,
sobre tu lengua.
Sólo dijiste:
dos partos,
diez abortos,
ningún orgasmo.
Y tomaste un largo trago de vino.
Vallejo también buscó un pernil de cordero
en el menú de La Coupole.
Todos miraban sus ojos cazarros,
mientras él sólo pensaba en los callados oídos de Beethoven.

Le había preguntado a su compañera:
¿Por qué ya no me quieres?
¿Qué hice?
¿En qué fallé?
El chorizo del cassoulet dejó manchas de grasas en su camisa.
Como tú,
sintió una compasión fatigada de su cuerpo.
Y trató de adivinar quién nacería esa noche,
mientras él tratara de conciliar el sueño.
Morir
requiere tiempo y paciencia.

DIAGNÓSTICO

A ver,
abre la boca.
Di aaaaaah.
Muéstrame eso que hizo tu madre cuando eras niña.
¿Ese era todo el misterio?
¿Sexo oral?
¿Manipulaciones?
¿Tacto?
¿Manipulaciones?
Veamos tu útero,
amplio y desfasado.
¿Cuántos niños pasaron por allí?
Los expertos te dijeron
que la naturaleza esperaba por ellos.
Pero murieron igual.
Y si sobrevivieron,
unos son tarados
otros más o menos,
todos bien planificados con la excusa de la soledad.
Tienes problemas con tus dientes,
con la lenta digestión de los indecisos,
con el crujido del hueso occipital.
Eres un paciente más.
Todos quisieran haber nacido en Kansas City
o en Amsterdam
o en Toronto.
O por lo menos,
veinte años más tarde.

Déjame agitarte en esta probeta de marfil,
verificar bien el color de la mezcla.
Asco,
qué mal hueles.

CARICIA

La mitad de lo que le ocurra a mi hijo,
será culpa mía.
Qué bien.
Lo dijo así,
recubierta de collares y lunares,
veinticuatro horas después de enviarte a París,
para que aprendieras un idioma
y supieras lo que es estar lejos de casa.
Llega hasta mí
tu rostro de adolescente despeñado,
levantado hacia un profesor ansioso de enderezar
a este pequeño viejo rico.
Hay que ser fuerte,
te dicen:
sólo si lo eres tendrás derecho a cumplir
dieciocho años
y oler la cocaína que quieras.
Y vomitarte sobre la vajilla de tu madre
en la cena ofrecida
para celebrar tu regreso.
Por ahora,
te sacude el frío en el dormitorio de los grandes
y aprietas la medalla que te regaló tu novia
en el aeropuerto.
No he terminado contigo, decía la tarjetica,
prefiero que lo hagan otros.
Y firmaba:
mami que te quiere.

Te sacaron de la galería de espejos
para que no rompieras el diseño de la arquitectura
[holandesa.

Aun antes de tu llegada
ella sufría de baby blues
porque,
¡ay!, gemía,
no estoy preparada para ser madre.
Ahora eres tú,
quien no está preparado para ser hijo.
Odias lo que está bien,
odias lo que está mal.
Estás perdido entre el Pere Lachaise
y la rué Delambre.
No hay suficientes recuerdos como tú quisieras.
Ya juegas con la inmortalidad:
pobre rata,
qué poco vales en la apuesta,
te gritan los transeúntes a la caída del sol.
Miras el papel higiénico
impregnado de tu caca de niño triste.
De niño malo
enviado a París con un recuadro en el cuello:
menor viajando solo.

EL SILENCIO

El muchacho del supermercado
me dio del tú.
Mira, te traje una botella más grande porque está en oferta.
¿Por qué tengo que ser yo la que corte calabacines
todas las noches
a esta hora?
Se lo conté a una amiga
y alzó los hombros:
cosas del destino.
Unas cortan calabacines,
otras hacen el amor.
El asunto es que el silencio te tome en cuenta.
Llegué hasta el kiosko.
Una negra de culo inmenso
me advirtió:
si no compra la revista,
no la puede leer.
Abrí el libro de Hölderlin
y odié a su carpintero
carcelero.

LA LLAMADA

Cuando le pregunté por qué no había llamado
me explicó que estuvo enterrado vivo
y que no le pusieron teléfono.
En sus delgados labios de gallina,
hay,
o no había,
atrevimiento alguno.
Todo era estrictamente legal.
¿Es que acaso no crees en Dios?
Si no fuera fácil,
no lo intentarías.
Significado,
significando,
significativo,
signo.
Me acerqué al balcón
y miré hacia el parque,
irritante cofradía de niños chillones
y pájaros tarados.
Escuché el control remoto cambiando canales,
sin sonido.
Sentí a mis espaldas,
su deseo de ponerse los pantalones
y largarse.
Me fui a la cocina a pelar patatas.

UN DÍA DE LA SEMANA II

Apretar los párpados para no ver la luz del mediodía,
nunca fue problema para Modigliani.
La verdad siempre nos está esperando
en el fondo de la botella,
advirtió,
mucho antes de alargarle el cuello a sus mujeres.
Es degradante comer en la cama,
pero lo hago,
a riesgo de perder la compañía del flaco.
La cama revuelta,
el libro de Lévi-Strauss y Didier,
la servilleta de papel masticable,
¿cuántos años rondando por aquí?
De barriga para ver televisión,
cara al techo para ser amada,
codo replegado para el sueño.
La vida no forma parte de las grandes leyes del universo:
soy un azar solitario
en este espacio de penumbra y rituales.
Escapo ahora a la perspectiva de los que abordan un
[autobús
o mean detrás de un árbol.
Chimpancé comiendo un sandwich de pavo y mostaza.
Estamos en abril y los ojos miopes parpadean
en sucesivos mensajes deliciosos:
posmo, bonche, pavas, gays, borderline.
Células vivas que me desnudan y cuentan mi memoria.

Toco mi cosita, pulcra de tanto jabón iodado,
lavada
y relavada concienzudamente.
Isla con olor a iodo.
Cosita propicia a la entrada de hongos, herpes, bacterias,
bichos, espumas, plásticos, cobres y cauchos.
Ven acá, mocosa.
El flaco me acaricia con mano paternal:
no reprendas a tu cosita,
ella es mucho más útil que el arte.
Ya arrancó el niño del violín sobre mi techo.
Me parece verlo mofletudo, dientes salidos,
olorosos a pólipos y amígdalas inflamadas,
un enorme callo en la barbilla.
Y dale con la escala,
gangosa,
rasposa,
babosa.
Joder, grita el español del quinto.
Mi madre me decía,
tu me fais grincer les dents,
nada que ver con el
tu me tue, tu me fais du bien,
de Hiroshima mi amor.
De todos modos, mucho antes,
Shakespeare había determinado
que todo hombre acaba matando lo que ama.
Los pliegues de la sábana me lastiman la espalda
tal como lo había anunciado el horóscopo esta mañana.
Pulcro y lleno refrigerador.

La lata de cerveza con sus bordes escarchados
y el jamón envuelto en papel de aluminio.
Cuestión de valores:
Walkman, gastronomía, zen, cool, humanismo,
nadie será defraudado por prácticas manipuladoras.
Escojo la cerveza
y corro de nuevo a la cama.
Me pregunto si realmente los derechos del hombre
son una ideología.
Fernando, el único barman alcohólico no jubilado,
habla en rimas:
la noche es tenebrosa
y no tengo a mi osa.
A mi entender, es uno de los pocos que vive
los derechos humanos como una moral.
Ahueco la almohada,
me chupo el dedo,
y espero que llegue el flaco.
Hay días así.

ZANAHORIA RALLADA

El primer suicidio es único.
Siempre te preguntan si fue un accidente
o un firme propósito de morir.
Te pasan un tubo por la nariz,
con fuerza,
para que duela
y aprendas a no perturbar al prójimo.
Cuando comienzas a explicar que
la-muerte-en-realidad-te-parecía-la-única-salida
o que lo haces
para-joder-a-tu-marido-y-a-tu-familia,
ya te han dado la espalda
y están mirando el tubo transparente
por el que desfila tu última cena.
Apuestan si son fideos o arroz chino.
El médico de guardia se muestra intransigente:
es zanahoria rallada.
Asco, dice la enfermera bembona.
Me despacharon furiosos,
porque ninguno ganó la apuesta.
El suero bajó aprisa
y en diez minutos,
ya estaba de vuelta a casa.
No hubo espacio donde llorar,
ni tiempo para sentir frío y temor.
La gente no se ocupa de la muerte por exceso de amor.
Cosas de niños,
dicen,
como si los niños se suicidaran a diario.

Busqué a Hammett en la página precisa:
nunca diré una palabra sobre tu vida
en ningún libro,
si puedo evitarlo.

BLANCA NIEVES

El amor no es mucho,
si no lo tienes.
Hoy vi a Blanca Nieves
soñando con su príncipe
y preguntándole:
¿cómo van tus ahorros?
¿cómo va tu espíritu?
¿quieres tomar un trago conmigo?
¿quieres montar mi potro salvaje?

EL TESTAMENTO

¿A quién dejarás tus cosas cuando te mueras?
Con los ojos absolutamente abiertos,
cae un golpe de sol sobre la cesta de frutas.
La primavera no es predecible.
Deja,
yo haré la lista y enviaré las cartas.
Y si no puedes dormir,
habrá tiempo para encerar la mesa del comedor.
Falta jabón para lavar,
las naranjas están podridas,
la bañera llena de pelos y grumos.
Nadie,
que yo conozca,
ha deliberado sobre su desaparición.

EL OJO

Colgué de mi muñeca el ojo de vidrio
azul y negro.
No pude recordar quién me lo había regalado,
pero si tienes un ojo medio muerto,
cargar uno totalmente muerto,
en la muñeca,
puede salvarte.
Silenciosos y atemorizados,
cualquier pedazo
de cualquier cosa,
puede
de repente,
decir palabras.
El ojo parpadeó
a las seis de la mañana
cuando me levanté
para preparar desayunos,
desvanecida por la taquicardia del ron.
Se durmió mientras seguía la ruta cotidiana
y le explicaba,
mira,
aquí había un árbol y
ahora unos camiones botan cemento.
Le comenté lo espantoso que es
ir todos los días
al mismo sitio
por el mismo camino.
Llegando a la fundación,
susurró,
llévame a casa, no soporto tus habladurías.

Te dejo antes de que lo hagas tú.
El mensaje cuelga del espejo
pegado con cinta adhesiva.
Detallo mis ojos
aplicados por el desvelo.
Las manos me tiemblan cuando vierto el agua hirviendo
en la tetera.
Conversaciones, risas, revolcones.
Tengo que empezar otra historia
con preámbulo, asentamiento y final.
Es una mañana muy apropiada para no ir a trabajar.
Cerca del teléfono, veo su agenda.
La P está borrada y en su lugar,
colocó una M.
Recogía objetos,
los cambiaba de lugar,
y de pie,
con los ojos entrecerrados,
observaba cómo les caía la luz.
Nos comprometimos a vivir juntos,
a amarnos,
a honrarnos,
hasta que la muerte nos uniera.
Me lo advirtió:
no sé nada de ti
y no quiero saberlo.

Le enseñé a preparar panquecas de zanahorias,
y le leía su horóscopo
antes de salir.
Imagina lo que seremos juntos,
si no nos morimos antes.
Eso me enfureció y le grité.
¿Por qué gritas?, preguntó.
Porque no hay nadie más a quien gritarle.
El tiempo nos hizo indolentes y tristes.
Comencé a hacerle el amor
vestido
y de prisa.
Supuso que era una despedida
y dejé que lo creyera.
Hace la mitad de un día,
me recordó que habíamos dejado muchos proyectos
por el camino.
Al principio, le gusté a su madre.
¿Por qué no casarse con la persona que uno ama?
Se echó a reír,
mordiéndose la punta de los dedos.
Si nos casamos,
nos volveremos locos el uno al otro.
Me senté en el borde del sofá.
Seis meses sin prórroga.
Una botella de vodka en el congelador,
un maletín a medio llenar.
El teléfono repicó,
tercamente,
sobre la lista de compras:
leche, agua, naranjas, cigarrillos.

Si te cuento una fábula,
tendrás que mejorarla.
Soy mala para los finales.
El timbre del intercomunicador sonó dos veces.
Pulsé el botón
y la esperé con la puerta abierta.
Tomó la agenda
y frunció el ceño.
Hay cosas a las que no me adapto,
murmuró enojada.
Cuando me separé de ella,
se escurrió hasta el suelo
y se desprendió el lazo que sujetaba sus cabellos.
Arranqué el mensaje del espejo
y comencé a afeitarme.

ARANJUEZ

No seas ridícula.
Nadie muere aguantando la respiración.
Piensa en tus huesos quebradizos,
en tus pliegues sudorosos,
en tu vagina seca
y tu calvicie incipiente.
O en un paro cardíaco cuando finjas un orgasmo.
De eso mueren las mujeres.
¿Por qué tienes que ser tan obsceno?
Porque hace veinte años que no voy a Aranjuez
y eso me pone de mal humor.

EL DOLOR

Doblé con cuidado sus camisas
y vacié la gaveta de la mesa de noche.
Dada la magnitud de mi dolor,
leí a Marguerite Duras,
hostil y dulzona ella,
tejiendo un chal para su amado.
Al quinto día,
abrí las cortinas.
La luz cayó sobre el cubrecamas manchado de grasa,
el piso lleno de desechos,
el marco de la puerta descascarado.
Tanto dolor,
por cosas tan feas.
Miré una vez más su cara de ratón
y tiré todo por el bajante de la basura.
La vecina,
alarmada por semejante volumen de basura,
me preguntó si me sentía bien.
Duele, le dije.
En mi buzón colocaron un anónimo:
«el que tenga un amor
que lo cuide
que lo cuide
y que no ensucie el bajante de basura de la comunidad».

EL DÍA DE LAS MADRES

Hoy,
día de la madre,
el flaco me llevó a una ferretería
para comprar una llave de paso.
Y le pregunté:
¿no piensas comprarle una batika a tu mamá?
Se acercó,
me besó
y me contestó,
«el lunes pensaré en eso».
Nos fuimos a casa,
cocinó para mí,
escuchamos a Luis Alcaraz,
Daniel Santos y Maelo.
Decidimos que éramos hijos de probetas
fecundados en matrices de cochinos.
Eso impidió toda discusión.

HORARIO

¿Qué hiciste hoy?

Leí el periódico y no reconocí a ningún amigo.
Derretí la escarcha de la nevera para que la cerveza
enfriara mejor.

Me di un baño de espuma.

Sequé mi cabello.

No parece que hayas hecho tantas cosas.

Hago muchas cosas y nadie se da cuenta.

Puedo verme en el fondo de las ollas
y en el piso de la cocina.

Pero no saliste. Lo habías prometido.

Estuve en la parada.

Levanté la mano y nadie se detuvo.

Tampoco leíste el libro que te compré.

No tuve tiempo.

Nunca tienes tiempo.

Tú tampoco. Y no te molesto preguntando

¿qué hiciste hoy?

Imagino cómo pasan las horas en esta casa.

Pasan,

te lo aseguro,

pasan.

BEATRIZ

Con pene o sin él,

hay cosas que no se pueden hacer
cuando se comienza a sudar

o cuando duele la próstata.

Por eso se suicidó Beatriz

a los cincuenta y tres años.

No quiso participar en la grotesca ceremonia
del elogio a la decadencia.

Cubrió todos los espejos

y colocó sábanas de satén en la cama.

Se suponía que moriría allí,

pulcra y perfumada,

desoyendo al roedor que le mordía la respiración.

Pero prefirió el sofá,

donde había hecho el amor anoche,

con un fiestero profesional,

alquilado para la ocasión.

Dejó una lista

de equivocaciones y aciertos.

La escritura es lo de menos, anotó,

y estampó su firma con letra pequeña,

para que creyeran que era apócrifa.

LA MAYORÍA

Es cierto que en abril los lirios se pudren,
el trigo crece
y se manchan de sangre las dormilonas infantiles.
Todos nacimos en abril:
niños,
supimos que obedecer implicaba paz.
Adolescentes,
descubrimos el valor de la rendición condicionada.
Finalmente,
no morimos en el intento.
Ahora somos sumisos y secretos,
gordos de ojos saltones
y carnes blandas.
Preparamos palabras succulentas
que pasan por el molinillo de carne,
y un perro, bien educado,
espera para engullirlas.
Recién cogidos desafiantes,
meados a destiempo
y solemnes imberbes,
ocupamos el primer lugar en las encuestas.
Somos lo que llaman,
la mayoría.

NUBES SOBRE EL CIRCO

La mañana de Carolina comienza a las once,
puntualidad extravagante
de los insomnes.
La nueva vigilia exige pequeñas rutinas.
Limpieza de los párpados oscuros y del rimmel agrietado,
hasta dejar los ojos enormes solos,
en medio de una cubierta
blanca
y pastosa.
Carolina recuerda la estrella en la mejilla de la niña
suspendida del trapecio.
Su sonrisa brilla en la penumbra del baño.
La piel cobra de nuevo su transparencia.
El cabello enmarañado y opaco vuela solo.
Carlos la contempla hundido en el sillón de cuero,
desgonzado,
profundo.
Carolina tiene largos dedos sin uñas,
y cuando levanta los delgados brazos,
muestra sus axilas mal afeitadas.
Hoy es viernes,
dulce viernes, le recuerda.
No es dulce viernes,
es tierno jueves de Faulkner, le responde.
Carolina es un accidente fortuito
de cópulas dominicales.
Su madre sólo le trajo infamias cotidianas:
tu padre es una m-i-e-r-d-a, delectreaba.

La mujer de servicio nos roba,
el chofer tiene relaciones con ella,
se quemó el asado,
no tengo nada que ponerme.
Carolina se queda dormida,
el rostro bajo la cobija.
Todavía le faltan unos cuantos pasos
para terminar con la rutina.
La ducha, la recogida del cabello, el traje a escoger.
Cúpulas en Roma, en Leningrado, en México.
¿Quién dijo que la revolución era un exceso?, pregunta.
Trotsky, responde Carlos.
Las estrellas y los cometas no son gratis,
¿quién dijo eso?
Un actor llamado Gene Amoroso, en la película
Tres mujeres.
Carolina come una tajada de queso.
Otra de pavo.
Una cucharada de miel.
Ambos se miran, esperando los acontecimientos del día.
Los viejos pueden hacer lo que quieren,
a nadie le importa.
Botar lo que no sirve.
Chorrear de sopa y salsa.
Escupir y eructar.
Dame tiempo, dice Carlos.
Después de tanto silencio, soy muy paciente contigo,
dice Carolina.
Bien.
¿Cómo empieza una pelea entre amantes?
Poniendo nubes sobre el circo.

Respondiendo cuando te hablo.
Siendo compasivos.
Comiendo alcaparras.
Corten,
murmura Carolina.
Se levanta,
liviana,
de buen humor.
Salgamos,
no quiero perder mi identidad.
Carlos endereza el cuello de la horrible batola
y la lleva a comer en un restaurante sin estrellas.

Índice

La furia y la palabra por Deisa Tremarias 7

Pocas virtudes 15

En el patio de Anaïs Nin..... 19

De letanías y pocas virtudes 22

Sólo tú dirás, amigo mío 26

¿Qué decirte hoy? 27

Los paredones de primavera 28

Los poderosos 29

Extraño adivinador de palabras 30

En marzo no se nace dos veces..... 31

Nadie parece estar ya triste 32

Hora de putos y perros necios..... 33

Cuando levanto la cabeza de madrugada 34

Desacato a la muerte 35

Ciertas jornadas se hacen largas..... 37

Muy poco y muy gris el tiempo que te queda 38

No hay razón para envejecer juntos..... 39

Así de simple..... 40

Llego tarde porque que me siento sola 42

La espesura rutilante de este gozo 43

Miedo de morirte 44

Cualquier mes del año 45

La bondad del día..... 46

He preparado tu muerte a plena luz del sol 47

Lagartos 48

Poca cosa en verdad 49

No vuelva más por aquí 50

Alguien vendrá 53

Sobre tus ojos abiertos 54

Valiente ciudadano	57
Valiente ciudadano	59
Animal de ocasión.....	62
Té de manzanilla	64
Vidrios rotos.....	67
Un día de la semana I	69
Diagnóstico.....	72
Caricia.....	74
El silencio	76
La llamada	77
Un día de la semana II.....	78
Zanahoria rallada	81
Blanca Nieves	83
El testamento.....	84
El ojo	85
El mensaje	86
Aranjuez.....	89
El dolor	90
El día de las madres	91
Horario	92
Beatriz.....	93
La mayoría.....	94
Nubes sobre el circo.....	95

Este libro,
número **317**
de la Colección Torremozas,
se terminó de imprimir el día
23 de junio del año 2018,
aniversario del nacimiento
de Anna Ajmátova.



Colección Torremozas

MIYÓ VESTRINI (1938- 1991), es una de las poetas más intensas y singulares de Venezuela.

Desde muy joven se dedicó al periodismo cultural, convirtiéndose en una magistral entrevistadora y guionista. Vestrini es una escritora visceral, de voz amarga e irónica, donde la muerte y el dolor están presentes con atrevimiento y frivolidad a lo largo de su obra. Se suicidó con 53 años.

En *Pocas virtudes* (1986) la autora se enfrenta a la grieta que le habita sin temor, de una manera polifónica, fulminante y desgarradora, sin que una palabra sobre ni falte en sus versos.

En *Valiente ciudadano* (1994) —el texto más duro de su obra— se anticipa el final de su existencia, tratando de arrancar toda la rabia con sus versos intensos, descarnados y sublimes que fracturan a cualquier lector.

ISBN 978-84-7839-758-7



Torremozas

Poesía